

## **Día de Navidad – Abadía de Hauterive – 25.12.2019**

*Lecturas: Isaías 52,7-10; Hebreos 1,1-6; Juan 1,1-18*

“Qué hermosos son sobre los montes  
los pies del mensajero que proclama la paz,  
que anuncia la buena noticia,  
que proclama la salvación” (Is 52,7)

El profeta Isaías nos invita a maravillarnos, el sentimiento que mejor se adapta a la fiesta Navidad. No es sólo el pastor, encantado ante la cuna, quien debe maravillarse en este día, el que abre los ojos y el corazón al contemplar a Dios en un pesebre, contemplándolo como hijo de una madre sencilla y pobre, custodiado por un hombre común, un obrero que gana su pan trabajando con sus propias manos, como él, el pastor, guardando las ovejas.

Todos están invitados a maravillarse, porque la causa nos concierne a todos. Lo que nos toca, lo que nos sorprende o que debería sorprendernos, como a los pastores, a los Reyes Magos, como a María y a José, es que el Hijo de Dios viene a nosotros, penetra en nuestra condición, en nuestra vida. El establo, el pesebre, los pastores, en pocas palabras: Belén es nuestra vida, con lo que es y lo que no es. Nuestra humanidad es el lugar de la encarnación del Hijo de Dios. Y esto debería llenarnos de una maravilla constante, una maravilla que va de la tierra al cielo y del cielo a la tierra, como la escala de Jacob. Dios ha entrado en nuestra vida, y nuestra vida ha entrado en Dios. Y esto es lo que siempre sorprende. Asombro ante lo divino y asombro ante lo humano; ante lo divino que se humilla, ante lo humano que es exaltado.

Cuando Isaías se llena de asombro ante el mensajero, el peregrino feliz de los montes "que anuncia la buena noticia", es decir, el Evangelio, no piensa en un hermoso paisaje alpino, en una imagen panorámica como las de Segantini: piensa en los "pasos", literalmente, en los "pies" de este mensajero: "¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero!". Profetiza la belleza evangélica de Cristo, que es la belleza y la alegría de una presencia de paz y salvación que toca la tierra, que toca el mundo humano, que camina en medio de nosotros, con nosotros, en nuestro espacio, en nuestro tiempo.

El Evangelio no es una película de encuadres estéticos de un plano general, sino un documental que se detiene en cada encuentro, en cada palabra, en cada mirada, en cada gesto de la mano con la que el Verbo de Dios "recorre" nuestra humanidad, nuestros caminos de humanidad, paso a paso, un pie tras otro. Esto es importante, porque todo lo que los pasos de Jesús recorren se convierte en camino de Salvación.

Nosotros también debemos contemplar los pasos del Salvador en nuestra vida, cada rastro de su presencia en la tierra, a veces polvorienta y sucia, de nuestras vidas. Porque es la única manera de descubrir que el verdadero milagro que obra en nosotros el Salvador del mundo es el de transformar nuestras vidas en un camino de salvación, un camino en el que el Evangelio se encarna y se anuncia. Entonces descubrimos que nuestra vida, aparente o realmente monótona e insignificante, se convierte en realidad en un camino que "anuncia la paz, que trae la buena noticia, que anuncia la salvación".

El Prólogo de San Juan, poema contemplativo que resume todo el Evangelio en el anuncio de que "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn1,14), termina con estas palabras:

«A Dios nadie lo ha visto jamás:  
el Hijo unigénito,  
que está en el seno del Padre,  
es quien lo ha dado a conocer» (Jn 1,18).

Jesús nos da a conocer a Dios Padre, porque lo conoce, por así decirlo, desde dentro. La intimidad de Dios es el seno del Padre, su Corazón de Misericordia. Pero Jesús nos da a conocer el Corazón de Dios porque camina con nosotros, revelándonos al Padre a través de su compasión de buen pastor que busca a cada oveja perdida.

Inmediatamente después de su sublime Prólogo, el Evangelio de Juan nos muestra a "Jesús que pasa" (cf. Jn 1,36), que "va y viene" a los desiertos y en medio de las multitudes, buscando un encuentro, un cara a cara, un corazón a corazón.

Como en el pesebre de Belén, Jesús es Dios ya presente para encontrarnos. Somos nosotros los que tenemos que presentarnos a la cita en la que Él ya está. Toda nuestra vida está ya recorrida por Cristo, que vino a encontrarnos para que nos encontremos con el Padre en la intimidad de su seno de amor, donde el Padre quiere engendrarnos a imagen de su único Hijo. Pero muy a menudo es en nuestros hermanos y hermanas más pobres, y menos amados, despreciados, tal vez por nosotros mismos, donde Jesús va y viene en nuestras vidas. ¿Deja allí su huella? Los pasos de los pobres quieren dejar en nosotros huellas de Cristo a seguir para guiarnos por el amor hacia el Padre.

Entonces entendemos una verdad muy sencilla y al mismo tiempo extraordinaria: no hay otro lugar para ver y conocer a Dios sino nuestra vida recorrida por Jesús, porque cada paso de Cristo en nuestra vida es un latido del Corazón del Padre.

*P. Mauro-Giuseppe Lepori  
Abad General OCist*